

tras de la guerra la libertad! —
 —¡Noble venganza!
 responde el cielo,
 ¡Niño divino, si ese es tu anhelo,
 se cumplirá.

NICANOR ZURICALDAY.

§. JUAN DE GAZTELUGACHE.

¿Veis ese pintoresco y erguido peñasco que doblando el cabo de Machichaco y al Oeste se levanta de las mismas profundidades del mar? ¿Percibís en su cúspide un pequeño edificio, que, como nido de águila, parece suspendido y próximo á precipitarse en el abismo? Pues ese peñasco y ese edificio encierran historias, que por más que los siglos hayan cubierto con su velo misterioso, el hombre ha podido recorrerlo á fuerza de diligencia y estudio.

San Juan de Gaztelugache, era en lo antiguo un monasterio de templarios que se convirtió en castillo inexpugnable durante el primer tercio del siglo XIV. Y era inexpugnable este castillo, porque colocado sobre aquella eminencia y rodeado por la mar, á escepcion de una angosta lengua de fácil cortadura que le ligaba al litoral, ofrecia grandes dificultades á quien intentará tomarlo á viva fuerza, como no fuera enemigo astuto y formidable. Pero llegó un dia doloroso y crítico para él, como lo fué para todo el Señorío de Vizcaya, en que andando sus gentes mal avenidas, regaron sus campos con generosa sangre, por dar entrada en sus pechos á pasiones que nunca debieron abrigar.

Érase el año de 1334, cuando el rey D. Alfonso XI de Castilla, so pretexto de injurias que decía haberle inferido D. Juan Nuñez de Lara, á la sazón señor de Vizcaya, y á quien usurpó algunas de sus villas castellanas, penetró en la tierra solariega con gran golpe de genes de á pié y de á caballo para arrancarle de las sienas la corona del

Señorío que tenia firmemente asentada por derecho propio. El Rey, en mal hora, logró hacer algunos prosélitos para su causa, y D. Juan, á quien defendian la mayor parte de sus pueblos, alzóse con ellos, arrojando así, no tan solo las iras del hijo del rey D. Pedro, sino oponiéndole una barrera formidable para destruir sus intentos.

Divididos los vizcainos en dos parcialidades; ébrio de venganza el rey por satisfacer sus apetitos contra D. Juan; y esperanzado de vencerlo con el número de sus cohortes, entró á saco y fuego en los pueblos adictos al de Lara. Mas pudo éste resistir con las suyas arremetida tan impetuosa; y retirándose al castillo de Gaztelugache, izó en él la bandera de la legitimidad vizcaina, con la que desafió todo el poder de D. Alfonso. El rey trató de expugnarlo dirigiéndose primero á Bilbao y despues á Bermeo, donde aderezando toda clase de bastimentos y reuniendo gran tropel de peones, lanzóse al ataque. Gran derrota hubo de sufrir el monarca castellano en su primera acometida, porque el pendon de D. Juan se mantuvo enhiesto en su asta durante 30 dias consecutivos, pasados los cuales, retiróse el rey con sus huestes é hizo en seguida paces y alianzas con el cacique vizcaino, quien, no solamente le fué fiel en adelante, sino que años despues fué nombrado su alférez mayor y mandó en la batalla del Salado los tercios vizcainos, alaveses y guipuzcoanos. Los vizcainos que tan mal aconsejados estuvieron desavenidos, mezclándose en una causa que pudo comprometer sus libertades y franquicias, abrazaron estrechamente á sus hermanos jurando permanecer unidos y reconociendo su error.

Pocos años despues de estos sucesos, el castillo fué desmantelado y dado al olvido, y tornó á ser lo que habia sido en su origen. A los gritos de guerra que resonaron bajo sus bóvedas, sucedieron los cánticos religiosos: los muros de su recinto que vomitaron la muerte y el esterminio, dieron sombra amiga á los mozos y doncellas que á su amparo se cobijaron en las alegres romerías que hoy mismo por aquellos campos se celebran; y el antiquísimo monasterio templario en el que más de una vez brilló la corta espada, se trasformó en una santa ermita donde todavía se venera la imágen de la vírgen, la abogada de los marineros, la patrona que les tiende la mano en sus dias de amargura y de tribulacion. Hoy, pobre, solitaria, perturbado su reposo por el incesante mugido de las olas que baten sus piés, es objeto solamente de curiosidad para el viajero y el artista. Cuatrocientos

veinte y cinco escalones colocados en zigzag son necesarios pisar para llegar á sus puertas; pero vale el trabajo de subirlos la contemplacion del espléndido panorama que desde ellas se descubre. ¿A qué hemos de intentar describirle, si no hay plumas ni pinceles suficientemente hábiles para ello?

Subid á este santuario, los que amais á Dios y admirais sus obras; y, despues de recordar los males que trajeron à Vizcaya las disensiones de vuestros abuelos cuando desde él heróicamente rechazaron las huestes del rey de Castilla, prosternáos ante tanta belleza como acumulan aquel mar inmensurable, aquellas rientes colinas y aquellas gigantescas montañas cubiertas de eterna verdura que alzan la cabeza hasta el cielo y afianzan sus piés en el abismo.

JUAN E. DELMAS.

